

Lección inaugural 11 SEPTIEMBRE

Excelentísimo Sr. Rector; Querido Padre Justo; Autoridades Académicas; colegas del claustro de profesores.

Repensamiento/comunidad/cultura de acompañamiento. Estos son los tres términos talismán que describen lo que nos queda por hacer. El primer paso en esta tarea ingente es cargarlos de “**radicalidad**”. Radicalidad evoca el ir a la raíz, al origen de todas las cosas. Los tres son inseparables para llegar al **significante originario**: a saber ... vivir para uno mismo es el infierno, vivir para el otro es aprender a vivir. La muerte del yo es el paso escandaloso que da la vida al otro y paradójicamente nos la da también a nosotros. Todo lo que hacemos radica en esta búsqueda originaria de ser que consiste en dejar de vivir para mí. Lo sabemos en lo íntimo, pero no lo verbalizamos porque nos da vértigo el abismo que nos separa de los otros.

Vamos por partes...: ¡REPENSAMIENTO, nuestro gran reto!

La inflación de métodos, palabras, herramientas, a los que estamos sobreexpuestos por la demanda de tener que ser innovadores, creativos y competitivos ... son un síntoma de lo que llamaremos síndrome de Fukushima. Todos hemos detectado las carencias en el sistema educativo. Diagnosticar es lo más fácil ... tenemos todo tipo de instrumentos para hacerlo. Reparar los defectos del sistema educativo es otra cosa. Es una tarea más exigente, más entretenida y más gratificante. Hay motivos de esperanza para que este reto llegue a buen puerto. En un TFM maravilloso del máster de acompañamiento uno de nuestros compañeros hacía un recorrido por decenas de universidades y empresas del mundo (con nombres diferentes, todas buscaban el mismo tesoro escondido: *mentoring, coaching, tutoría, asesoría*) ... cuando todos lo buscan es porque se siente su ausencia y su urgencia. La búsqueda patentiza los fracasos: el burnout en los médicos, las bajas de los maestros eternas, la depresión, la rutina en el trabajo, las crisis de los límites, la falta de motivación, la tristeza derivada de las frustraciones de expectativas (todos nacimos para ser príncipes).

Se detectan fácilmente las consecuencias del cáncer educativo. Saltan las alarmas: violencia, fracaso escolar, revitalización de ideologías radicales, populismos extremistas (que buscan dar sentido al sin sentido),

adiciones de todo tipo, incomunicación, etc ... pero no se atreven a ir a la metástasis originaria.

La universidad tiene una misión urgente en el mundo de hoy: atacar con el conocimiento los fenómenos que expresan el mal radical. La facultad de psicología los efectos perversos del desamor, de la soledad; la facultad de derecho vigilar por la eticidad de las leyes y su buena aplicación; ADE debe preocuparse por enseñar a crear empresas que respeten y cuiden la ecología integral, la justicia distributiva, la subsidiariedad y la equidad; la medicina atajar el dolor, la enfermedad, aquello que “parece” acortarnos la vida respecto de no sé qué meta final en el futuro; fisioterapia y enfermería a calmarnos el dolor y rehabilitarnos para **seguir trabajando, que diga** disfrutando; otras facultades deben enseñarnos a manejar la información tan sometida a la mentira, a producir el arte que nos hace más llevadero el mal del aburrimiento y de la fealdad; otras, anticiparse a lo que se nos viene encima previniéndonos del peligro de la soledad, o paliando aquel que nos acecha en forma de quimeras hombre/animal (autorizado la semana pasada en Japón); otras orientándonos a comprar bien y a enseñar bien, a cuidar nuestro hermano cuerpo, a facilitarnos las relaciones entre pueblos siempre amenazadas de conflicto, etc... perdonad que no las enumera todas.

Mi pregunta es ¿no serán todas ellas apenas, y nada menos, que maravillosos parches que a lo sumo logran constatar el mal radical y ponerle cataplasmas? Estas luminarias del conocimiento pueden ayudarnos a atacar el mal en la superficie, pero no en la raíz: el orgullo, el egoísmo, la envidia y la soberbia, la soledad, nuestra aburrida cotidianidad, son algunas de las raíces del mal que no son atajables con pastillas, con leyes, con pactos, con cirugía.

Las humanidades nos tienen que ayudar a hacer diagnósticos certeros para llegar hasta el fondo de las manifestaciones fenoménicas del mal. La última y la primera de las ciencias humanísticas es la teología, pero ¿qué es teología?: El repensamiento permanentemente actualizado de un hecho singular y único en la historia de la humanidad, hecho controvertido y casi tabú en los tiempos que corren, pero que es la clave de bóveda del sentido de la vida: la resurrección de Cristo. Él es el que se atrevió a entrar en el sarcófago nuclear de nuestros fukushimas particulares y apagar la radioactividad que causa la muerte. Él es el que amortizó el miedo que nos mueve a huir de ella despavoridos con instrumentos cada vez más

sofisticados pero que al final son meros parches para la herida que nos hace la verdad, la patencia inapelable del mal radical, la muerte¹. Por mucho que los transhumanistas intenten inmortalizarnos, es el horizonte penúltimo que tenemos que afrontar desde nuestro compromiso con la historia como Universidad.

El problema para no aprender nunca de este dato científico y multiplicarlo en sus efectos terribles, que la historia nos muestra sin piedad, es que queremos lo que nos trajo la Revelación sin incluir al autor. Queremos lo que significa ser comunidad sin lo que comporta de ingrato, queremos lo que nos da el acompañamiento sin rozar al otro en sus miserias, queremos lo que significa el amor sin tener que darlo, queremos la verdad sin dejar nuestras mentiras, queremos pensar juntos, pero solo opinamos sin escucharnos.

¡Tenemos que repensar lo sagrado! Ha sido tan contaminado por el uso abusivo y fraudulento que hemos hecho de ello, que hoy, ya no podemos sufragar el daño. Decía Rupnik: “El simple hecho de buscar juntos, de hablarnos, es ya una revelación de la vida verdadera [...] la Iglesia cree que el trabajo de juntarnos, de estar en comunión es ya garantía de la verdad, puesto que la verdad es acreditada y revelada por testigos. Y los testigos somos nosotros, los unos para a los otros. Damos testimonio de estar verdaderamente buscando dentro de la comunión” (Rupnik, 2014, p.56). Pero también, de esta búsqueda auténtica, que a nosotros nos reta y nos llena de la alegría y el gozo de la comunión, el mundo en el que vivimos ha hecho una reducción patética de su potencial: hemos aprendido a conformarnos con una pátina superficial de lo que es acompañar, hacer comunidad y pensar. Tenemos la obligación de ir más allá, de tomarnos la tarea radicalmente en serio. Porque me temo que un cáncer no se cura con agua oxigenada y mercromina. Para acabar con la fuente de la metástasis hay que ir a núcleo radiactivo. El núcleo es la soledad radical, es el pensamiento que busca seguridades a cada paso, es el miedo a la verdad, es el miedo a la muerte, no tanto a la física como a la óptica: NO SER.

¹ Decía Ciorán: Los filósofos son demasiado orgullosos para confesar su miedo a la muerte ... Hay en sus consideraciones sobre la muerte una serenidad fingida: son ellos en realidad quienes más tiemblan ante ella. Pero no olvidemos que la filosofía es el arte de disimular los tormentos y los suplicios propios”. E.M. Cioran, *En las cimas de la desesperación*, Tusquets, Barcelona, 2003, pp 51-52.

Fukushima es la clave. Vayamos de nuevo al síndrome: cuando explota el reactor podemos aportar todo tipo de recursos, métodos, instrumentos, medicinas, hospitales universitarios, terapias, ambulancias, teorías, aportes solidarios-económicos, coagulantes en las heridas, palabras y palabras, tesis incluso, pero si no vamos a sellar el sarcófago nuclear la radiación sigue matando. Hay que ir al fondo del ser de las cosas. El miedo que el hombre tiene a la muerte, decía San Pablo, nos tiene de por vida esclavos... de todo lo que parece que nos aleja de ella nos hacemos sus siervos: el sexo, la guerra, la violencia, la ciencia... hasta el amor, la religión, las ideologías. Los ídolos que adoramos como vías de salvación nos encadenan a ellos.

Pero el hombre no se puede conformar con esto, porque tiene inscrito en su corazón un anhelo de eternidad. Las humanidades son el inicio de este despertar al alma dormida y exigen que nos preguntemos ¿Dónde está el origen de mi insatisfacción permanente? Pero no tienen en ellas mismas la solución... sólo son el inicio del camino, de la pregunta... ¿qué tengo que hacer para preñar mi vida de eternidad? Neutralizar la muerte es lo primero que se nos viene a la mente, pero para ello hay que llegar hasta el donde se rompió el reactor y sellarlo. Alguien tiene que morir, arriesgarse a contraer cáncer para mostrar de nuevo que hay vida más allá de la muerte, por tanto, darnos motivos para la esperanza.

Para acompañar, repensar y buscar la verdad hay que arriesgarse y hay que hacerlo en comunidad. Alguien conduce el helicóptero, otros hacen el cemento, otros nos guían con sus planos, otros nos advierten de las medidas precautorias, otros han estado en el corazón de la metástasis y nos previenen, otros nos aconsejan cómo hacerlo. Como comunidad es más fácil acabar con la radiación, cerrar el sarcófago. Creernos dioses solitarios nos expulsó del paraíso. Es un dato curioso que en la mitología griega todos los hombres y semidioses que retratan lo humano son unos solitarios patéticos: Narciso, Sísifo, Prometeo. Tiene que sortear miedos, enfrentarse al destino, defenderse de los otros, aspiran a pequeños e imaginarios paraísos mediocres, obra de sus manos. Nosotros pertenecemos a una cultura comunitaria. Lo judeocristiano es un nosotros en búsqueda personal comunitaria del retorno a lo sagrado, al paraíso.

Decía Benedicto XVI: “Todos nosotros, por caminos diferentes, estamos personalmente comprometidos en un recorrido que da respuesta al interrogante más importante: el relato del sentido último de nuestra

existencia humana. El anhelo de lo sagrado es la búsqueda de la cosa necesaria y la única que puede satisfacer las aspiraciones del corazón humano”.

Pero este sagrado originario no es el alienante, el opiáceo que nos contenta en soledad, es el que nos pone en la verdad hiriente: en nosotros mismos no hallaremos nunca la solución, y mucho menos solos. Las ciencias, la filosofía y las humanidades se centran todas en “presencia o de la ausencia de Dios”. En algunos la “ausencia es un momento previo a la posibilidad de presencia más radical”.² Porque al final el sufrimiento nos toca a todos y nos pone ante la verdad. La cruz es ese veneno, que lleva su antídoto escondido.

Sí, el veneno se cura con el veneno, el antídoto es extraído del veneno. La amargura se quita abrazando la amargura. El leño amargo endulza el agua amarga. La cruz es la llave que da sentido a la muerte del ser. La muerte cura la muerte. Dejemos de echar azúcar en las heridas, estas se curan con sal. Y duele.

Cuando investigamos cómo una célula se come a otra, lo que estamos sintiendo es el vértigo de lo que está fuera de control, que tarde o temprano nos afectará y desvelará el sinsentido de todo aquello por lo que nos movemos, y existimos hoy. Cuando repensamos la bioquímica, la estadística, el derecho nos estamos enfrentando al mal radical: la disfunción celular, los datos manipulados, las leyes que producen desastres están señalando al sentido del sufrimiento, la muerte, la injusticia, la insoportable levedad del ser.

Para vencer el mal con el bien, queridos amigos, es fundamental la comunidad. «Robert Karasek dice que el estrés se reduce cuando las personas desarrollan un sentimiento de pertenencia, de espíritu comunitario y tienen un objetivo en la vida. Durante la Segunda Guerra Mundial en Inglaterra la esperanza de vida de vida aumentó seis años, y esto pese a la escasez de alimentos, la disminución de los estándares de vida y el fallecimiento de treinta mil personas en Londres en los ataques aéreos y de cuatro mil soldados en la guerra... las personas se mantuvieron unidas y desarrollaron una ética de la solidaridad y la cooperación. La nación compartía una misma voluntad. La vida de las

² P. 234, George Steiner, *Passions impunies*, Folio essais, Gallimard, Paris 1996.

personas tenía un sentido, los individuos tenían un sitio en la estructura social y no se sentían desamparados».

Cuando buscamos “la comunidad” detrás de “una comunidad” es porque solos no tocamos la vida, ni el ser integral, solo la llaga superficial que duele y que tiene que ser curada por otro. Necesitamos la mirada enfrentada del otro experto, que mira mejor que yo mismo viéndome en un espejo. El otro ve más de mí. La necesidad de ser mirado denuncia lo precaria, lo incompleta que es la mía, parcial, doliente, solitaria, aquejada de la carencia principal provocada por el mal radical: la sospecha sobre la bondad de un Dios creador.

¿Cómo se repara, repiensa, se acompaña el mal radical? Obvio, con el Bien radical. Si queremos **fallar** en el intento de hacer una revolución del paradigma educativo que nos están pidiendo a gritos nuestros jóvenes, sigamos buscando remedios espurios. Ninguno nos satisfará. Es grandioso que todo esté amenazado, que todo sea imperfecto, y que todo tenga que pasar por la debilidad, y que eso sea... paradójicamente perfecto. Esa fragilidad destaca que lo único que vale, y es eterno, es el Bien radical, es lo gratuito: lo gratuito no es exigente, no se jacta, no se engríe, no tiene tácticas, escucha, no toma en cuenta el mal, no se engríe, es humilde, sabe perder el tiempo, sabe esperar, lo gratuito (gratia) es el amor. ¿Puede darse eso en una institución tan dispar y variopinta, con gente tan diversa? Sí: no los unos por los otros, si no pasión por la MISIÓN compartida, que es amor al hombre y la verdad. Ese es el bien radical, por lo que estamos aquí.

Hemos de cambiar la cultura del asombro por la de la *perplejidad*: reconocer que no sabemos lo que está ocurriendo pero que tenemos la Misión de desentrañarlo. Tenemos que cambiar el glosario de los términos que utilizamos, esa es la verdadera revolución disruptiva... Utilizamos términos que han perdido su significado originario... ya no dicen aquello que trataban de expresar: Comunidad, acompañamiento, pensar, amar, ser persona... y ponernos en camino para una nueva redefinición revolucionaria. En fin: como decía Guardini: “las cosas de Dios nos vienen no como resultados conclusivos, sino como caminos vivos”.

Hemos de lanzarnos preguntas incómodas... ¿Hacia dónde queremos ir? ¿Qué es acompañar o ser acompañados? ¿Qué es pensar y repensar? ¿Para qué vivimos? Todas ellas se resumen en una que tenemos que

resolver como diría Kant: ¿Qué es el hombre? Somos invitados a salir de nuestros pequeños mundos, de nuestras seguridades psicológicas llenas de prejuicios, y de estereotipos sustentados sobre ficciones científicas, tecnológicas, emotivistas o religiosas... Repensar en comunidad es aprender a escapar de los pequeños reinos de *Ikea* emocionales, a ponerlos en crisis, a juzgar severamente nuestro nacionalismo, nuestro narcisismo egocéntrico.

Podemos caer en la tentación de hacer del repensamiento, del acompañamiento, de la comunidad palabras huecas o, por el contrario, convertirlas en una radiación nuclear positiva, controlada. El futuro nos demanda una apuesta seria por lo comunitario. Como dice Hadjadj: “Si no hay repliegue en grupos pequeños no se ilumina el mundo”; y, Ken Robinson, que no me gusta nada, sin embargo, dice una cosa absolutamente cierta: “Sin tribu no hay educación”. ¿Pero qué es ser comunidad? Acudamos a la perplejidad: en nuestros pequeños multi--- “universitos” ufv: o sea... laboratorios, praderas, familia, grupos de afinidad amistosa, departamentos. Necesitamos “sentirnos incómodos, perplejos”. Tenemos que abandonar nuestros espacios de contención para ir en búsqueda de la verdad. No de la verdad incuestionable para nosotros que constituye lo primero que aparece en una búsqueda de Google. Ni tampoco la verdad derivada de una encuesta, o de estadísticas y macrodatos de los que se extraen decisiones, que es la cosa más peligrosa del mundo. Cito a Harari (agorero pseudocientífico y lleno de prejuicios y medias verdades históricas,) porque en esto da en la diana: “la búsqueda de plenitud y de comunidad va a eclipsar la búsqueda de un puesto de trabajo no tardando mucho”. Porque el problema del futuro no será ni la explotación del s. XIX como nos decía el Marxismo, ni la de la auto-explotación que anuncia Biung Chul Han, para la primera mitad del siglo XXI, sino la de la irrelevancia y la soledad (Harari: finales del siglo XXI).

La situación es que la gente cada vez está más encerrada dentro de sí misma y más aislada: individuos sin individualidad (Capograssi), que sienten pánico al enfermar, que toman pastillas para la tristeza, que están cansados de sí mismos, que dicen adorar la soledad cuando la odian, que airean su irrelevancia en las redes tratando de suplir la ausencia de ser, que están viviendo una *epidemia de soledad*.³ Uno de los derechos del futuro (que ya está asomando) va a ser el derecho a enfermar, a ser

³ El País 26 de agosto de 2019.

desgraciado, a pensar, a creer, a repudiar la felicidad... Yo nunca he sido feliz (la felicidad es una quimera oriental, budista, espuria y emocional pasajera), lo que me ha enseñado el cristianismo es que, a pesar de todo, tengo vida eterna dentro.

¿Cuál será pues la verdadera aportación de una universidad? Enseñar aprender juntos a dar sentido a la vida y a discernir lo que es relevante de lo que no es. A discernir entre lo que es eterno y lo que no es más que un grito. Tenemos que comprender que lo perfecto es la imperfección. Acompañar no es para conseguir lo excelente, al excelente, sino para descubrir la excelencia que se esconde detrás de lo imperfecto, de lo que está por hacer, de lo que nos está llamando a dar sentido a lo que hacemos y a evitar el activismo⁴. La medida no puede ser el cuánto, de los beneficios, de la producción, del número, sino el para qué. No las causas, que siempre buscan culpables, sino con quién estoy llamado a ser. Si falta este sentido comunitario, ser acompañados unos por otros, falta nuestra identidad y el sentido de nuestra existencia.

El A/Rp/Cd. son nuestra ayuda para salir al encuentro de la verdad, para vencer el mal radical, la muerte del ser, del que la ignorancia, la pobreza de espíritu y la soledad no son más que sus fantasmas. El problema es quien convence al soberbio y pagado de sí mismo de ignorante, pobre y solitario para que se deje acompañar para salir de sí mismo, de la prisión de los propios pensamientos recursivos e inútiles, e ir al encuentro del Otro. Cristo ha inaugurado el camino, solo tenemos que seguir sus huellas. Solo hay que hacer un sencillo acto de voluntad y poner en riesgo nuestro bunker de mediocridad.

Lo que pasa es que todo lo que se diseña desde arriba, el ideal de comunidad, de acompañante, de... Universidad, la historia ha demostrado su fracaso. Triunfa lo que se va dando y consolidando desde abajo, desde el sufrimiento del día a día, desde el ensayo y error. Necesitamos saber que Alguien, arriesgando su vida selló el sarcófago de Fukushima que no dejaba de irradiar muerte y nos anunció que ya podemos tener esperanza, perder el miedo, que no nos morimos. Por eso estamos alegres, y ya no es una alegría banal, porque está desalienada: hemos sido llamados a ponernos en riesgo en esta Misión maravillosa que es la educación. Porque como decía San Ignacio de Antioquía: (30 -107d.c): “Se educa

⁴ Arno Gruen, Un extraño dentro de nosotros, 238.

mucho con aquello que se dice, pero más con aquello que se hace, y mucho más con aquello que se es". Y ser, es ser para otro. Esa es la Misión de la Universidad. Necesitamos ejercitarnos en el amor, en la paciencia, en salir de nosotros mismos. Ya no generaremos programas, ni fabricaremos instrumentos para escapar del pánico a la muerte, sino para darle sentido. Si la universidad, y sus ciencias, no apuntan a "la clave de bóveda del sentido de la vida: la resurrección de Cristo", serán como címbalo que retiñe, por mucho éxito que tengan en el mercado y en los rankings. Y para apuntar de verdad al sentido como universidad, para sellar el sarcófago, propongo que nos comprometamos con todo el ser con el repensamiento, el acompañamiento y la comunidad.

Los que estamos hoy aquí tenemos la suerte de tener marcadas las huellas a seguir, las que indica Zubiri en el prólogo a la Historia de la Filosofía de Marías... CITO y acabo: «Es hermoso y divino el ímpetu ardiente que te lanza a las razones de las cosas; pero ejercítate y adiéstrate en estos ejercicios que en apariencia no sirven para nada, y que el vulgo llama palabrería sutil, mientras eres aún joven; de lo contrario, la verdad se te escapará de entre las manos» (Parm., 13§ d). No es tarea ni fácil ni grata. [...] No es grata porque envuelve, hoy más que nunca, una íntima violencia y retorsión para entregarse a la verdad: «La verdad está tan obnubilada en este tiempo —decía Pascal del suyo— y la mentira está tan sentada, que, a menos de amar la verdad, ya no es posible conocerla» (Pensam., 864). Y es que, como decía San Pablo de su época, «los hombres tienen cautiva la verdad» (Rom., I, 19). El pecado contra la Verdad ha sido siempre el gran drama de la historia. Por esto Cristo pedía para sus discípulos: «Santifícalos en la verdad» (Jo., 17, 17) y San Juan exhortaba a sus fieles a que fueran «cooperadores de la verdad» (III, Jo., 8). Unido en este común empeño, le abraza efusivamente su viejo amigo. X. ZUBIRI.

Unidos en este común empeño yo también os abrazo efusivamente cooperadores de la verdad y proclamo a voz en grito: "Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ... 57. ¡Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!" (I Corintios, 15, 55).

BUEN CURSO, COMPAÑEROS, HERMANOS EN LA MISIÓN.